

15 de octubre 2009
EL OBSERVADOR PÁG. 7

Hasta la naturaleza se entristeció en la llegada de los cuerpos desde Haití. EL PRESIDENTE VÁZQUEZ ENCABEZÓ LA CEREMONIA EN LA QUE SE RECIBIERON LOS RESTOS DE LOS SEIS MILITARES FALLECIDOS EN EL ACCIDENTE AÉREO

Cuatro de los seis soldados fueron sepultados en el panteón de la Aviación

POR VALENTÍN TRUJILLO DE LA REDACCIÓN DE EL OBSERVADOR

La presencia de los seis militares uruguayos muertos el viernes en un accidente aéreo en Haití se percibía antes de que arribara el Hércules C-130 de la Fuerza Aérea brasileña que depositó sus restos sobre la pista de aterrizaje de la base del aeropuerto de Carrasco. Los fallecidos estaban presentes en las caras llenas de lágrimas y en los corazones de todos los que soportaron las inclemencias de una mañana casi invernal. Y también en los seis soportes para cada uno de los cajones, sobre la pista.

Como en una obra shakespeariana, la naturaleza se mostró acorde a la situación: el cielo, encapotado y plomizo, con un colchón de nubes que dejaban pasar poca luz.

El viento: cortante y constante, helado, congelando manos y narices. No llovió, pero las gotas estaban colgando. A las 8.55 de la mañana aterrizó el avión que traía los cuerpos del capitán aviador José Larrosa, el teniente de 1ª Santiago Hernández, el aerotécnico principal José Pastor, el aerotécnico de 1ª Enrique Montiel, el aerotécnico de 2ª Néstor Morales, y la aerotécnica de 2ª Yiyí Medina, que fallecieron el viernes en una zona montañosa de la frontera entre Haití y República Dominicana, cuando el aviocar en el que volaban efectivos uruguayos y jordanos de la misión de paz de la ONU se precipitó a tierra por causas que todavía se investigan. El presidente Tabaré Vázquez, el vicepresidente Rodolfo Nin Novoa, el ministro de Defensa, Gonzalo Fernández, representantes de todos los partidos políticos y de las distintas reparticiones de la Armada y el Ejército estaban presentes.

Los familiares, arracimados a un costado de las autoridades, se defendían del frío y de la tristeza con abrazos y besos sentidos. Padres, madres, esposas, hijos, sobrinos, amigos y conocidos de las víctimas tenían la mirada clavada en el Hércules que, con lentitud, avanzó hasta frente a los hangares, donde se realizó la ceremonia del recibimiento de los féretros. El ruido ensordecedor de las cuatro turbinas del avión tapó los llantos y suspiros de los familiares y de muchos de los soldados y los oficiales que estaban formados en posición de firmes, perfectamente cuadrados. El avión apagó sus motores y las cuatro hélices bajaron la intensidad de su rotación, girando cada vez más lento hasta que se detuvieron por completo. Un silencio total se apoderó del lugar.

De pronto, una trompeta tocó la nota de inicio de la marcha fúnebre para la rendición de honores de la Fuerza Aérea Uruguaya, cuyo autor es anónimo. ¿Puede haber algo más triste y solemne que una lenta marcha fúnebre, en una mañana helada y oscura, para recibir seis cuerpos de soldados muertos en una misión? El ruido del silencio. Al terminar la marcha fúnebre, el silencio volvió a invadir la pista. Pero ese silencio se quebró con los pasos de los soldados que caminaron hasta la cola del Hércules. Ésta se abrió y por la rampa comenzaron a bajar los seis cajones de los aviadores. Los féretros –cinco de color marrón madera barnizada y uno de color blanco, marcando la jerarquía militar entre el mando y los subordinados fallecidos– estaban envueltos en la bandera celeste de la ONU. Lo único que brilló en la mañana gris fueron las manijas doradas de los ataúdes.

Al momento de bajar los cajones, el redoblante de la banda militar comenzó a batir un ritmo marcial suave. Los escoltas, seis por cada cajón, trasladaron los féretros sobre unas armazones con ruedas hasta los soportes. La escena emocionó a varios soldados. Una mujer con uniforme de paracaidista y chaleco naranja lloró y se secó las lágrimas con la mano, en movimiento rápido. Un oficial, con los ojos escondidos bajo la gorra calada hasta las orejas, también lloró pero la lágrima corrió por la cara mientras las manos quedaron firmes y rectas junto a la espada.



**MINISTERIO DE DEFENSA NACIONAL
REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY**

Los escoltas doblaron las banderas de la ONU y desplegaron los pabellones nacionales sobre los cajones. Los cadetes que esperaban a un lado se llevaron las banderas celestes, marcando de nuevo los pasos sobre el asfalto. Todos estos ruidos se escuchaban nítidos por el silencio profundo de la situación. El presidente Vázquez y su comitiva se adelantaron hacia los ataúdes y los familiares los siguieron. Entonces cada familia rodeó a su ser querido y las lágrimas y las caricias a los cajones se multiplicaron. Algunos les hablaron a los fallecidos. A las diez menos cuarto, los carros fúnebres se llevaron los cajones hacia el Club de la Fuerza Aérea, en Carrasco, en una jornada de luto nacional. Misa , coro y media asta. En ese lugar se desarrolló un poco más tarde el velatorio formal de los seis aviadores. El ambiente estuvo lleno de congoja y dolor. La familia de uno de los soldados llevó un coro que entonó una canción y un cura que realizó una misa. Al inicio de la tarde, la lluvia se descolgó por fin sobre Montevideo. Cuatro de los seis soldados fueron sepultados a las tres de la tarde en el panteón de la Fuerza Aérea, en el cementerio del Norte. Los otros dos partieron a sus pueblos de origen: Treinta y Tres y Minas. La gigantesca bandera a media asta en la plaza de la Democracia, frente a Tres Cruces, en señal de duelo, parecía ajena a la euforia de los hinchas uruguayos, excitados por el partido contra Argentina.

La ONU continúa investigando causas

Naciones Unidas (ONU) continúa investigando para determinar las causas del accidente aéreo ocurrido el viernes 9 en Haití, donde murieron seis soldados uruguayos y cinco jordanos que formaban parte del contingente de la misión internacional de paz en ese país. El personal de la Fuerza Aérea Uruguaya apostado en la zona colabora en el análisis de los restos. Es una zona montañosa con frecuentes tormentas.